

do y el Djamna santo. El último nanda fué asesinado en 315 por el aventurero Chandragupta (llamado Sandracottas ó Sandrogipptos por los griegos), que había vivido en el campamento de Alejandro, había sido condenado á muerte por éste y se había lanzado á una vida de aventuras. Fundó la dinastía nueva de los *mauryas* y se extendió por el Pendjab. Tenía un ejército de 60.000 infantes, 30.000 jinetes y 9.000 elefantes, y había alistado mercenarios *yavanas* (griegos). Estuvo en relaciones de guerra y luego de amistad con el rey Seleuco Nicator. Murió el año 291. Su hijo Vindusara fué tan celoso brahmanista que mantenía á 16.000 sacerdotes.

En cambio su nieto fué aquel Azoka, aquel «rey Piyadasi, amado de los dioses», que en 275 se mandó coronar en Palibothra, y después de empezar su reinado con violencias y crueldades, iluminado de pronto por la gracia, abrazó la fe búdica por el año 264. «Antes—dice en una de sus inscripciones— los reyes salían, para recrearse, á cazar y á otras diversiones. Pero yo, el rey Piyadasi, querido por los dioses, á los once años de mi consagración, me he puesto en camino para la *Sambodhi* (Iluminación perfecta). Desde entonces un pensamiento religioso ha dirigido todas mis salidas, dedicadas á la visita y limosna á brahmanes y *sramanas*, las visitas á los ancianos, los repartos de dinero, la visita al pueblo del imperio, la enseñanza de la religión, las consultas sobre cosas religiosas. Desde entonces ese es mi mayor gusto.» Azoka fué, más que un rey, casi un emperador de la India. Antes de su *iluminación perfecta* había sido un conquistador. Poseía el Pendjab, el Kabulistán, el Kashmir y el Orisa y la mayor parte del valle del Ganges: en todos estos países se encuentran inscripciones suyas (1). Ejerció en el Dekkan una gran influencia, que utilizó para propagar el budismo, enviando á misioneros para que convirtieran á los habitantes de la isla de Ceilán. «Las conquistas de la religión son la felicidad del rey ama-

(1) Se las ha encontrado en el castillo de Indraprastha (cerca de Dehli), en Allahabad, en Shahbaz-Garhi, en el valle de Peishavar, en Guzarate, etc. Los brahmanes más sabios de la India no podían interpretarlas, y al fin las descifró Prinsep, en 1837, con auxilio de las monedas indogriegas de Bactriana.

do de los dioses, no sólo aquí, sino en todas las fronteras, en el país de Antíoco, rey griego, y más allá en los de los cuatro reyes Ptolomeo, Antígono, Magas (de Cirene) y Alejandro (de Epiro).» Azoka se jacta de haber introducido en tales reinos, no sólo la verdadera fe, sino también remedios y plantas medicinales. Fué un santo en el trono. Se ponderaba su humanidad, pues no mataba ni esclavizaba á los prisioneros de guerra, era avaro de la pena capital, pródigo en indultos, pero exigiendo que los indultados crearan fundaciones piadosas. Su piedad se extendía hasta los animales. «Antes se mataban cada día para mi mesa en la cocina centenares de millares de seres, y en el momento en que se graba este edicto no se matan más que tres: dos pavos reales y una gacela, y aun esta no todos los días. En lo sucesivo no se matará á estos animales.» Á todas horas ponderaba su respeto á «las tres joyas»: el *Buda*, el *Dharma* (ley enseñada por el Buda) y el *Sangha* (asamblea ó concilio del clero monástico). Fué gran constructor de templos, monasterios, hospicios y hospitales. Edificó 84.000 *estupas* (cenotafios) sobre las huellas que el Buda había dejado en toda la India, y mantuvo á 60.000 monjes ó sacerdotes. Aunque era budista, honraba á los brahmanes y respetaba y dotaba sus pagodas. «El rey Piyadasi, querido por los dioses, desea que todas las sectas vivan en libertad. Todas se proponen la sujeción de los sentidos y la pureza del alma, pero el hombre es voluble en sus voluntades y aficiones. Podrán practicar toda la ley ó sólo parte de la ley... El rey honra todas las creencias, traten de ascetas ó de hombres que vivan en el mundo; les da limosna y las trata honrosamente.» ¿En qué civilización europea se ha proclamado tolerancia más amplia?

LA INDIA Y LOS ROMANOS.—La India estuvo en relaciones con los romanos por mediación de los griegos y de Egipto. Uno de los paucos del Pendjab envió el año 30 antes de J. C. una embajada á Octavio Augusto, y en su carta, en lengua griega, declaraba su soberanía sobre 600 *rajás* (reyes). Sus embajadores llevaron presentes, entre ellos tigres reales, que nunca habían visto los ro-

manos. Los acompañó el brahman Zarmanochagas, que se quemó en una hoguera delante de Augusto. El orgullo romano pudo creer que la India se declaraba sometida á Roma, y de ahí el verso de Virgilio: *...super Garamantas et Indos*. Por los mares de la India entraba Roma en relaciones con el Extremo Oriente: Augusto recibió á un embajador de los *seres* (chinos).

Annio Plocano, liberto del emperador Claudio, llevado por el viento á la isla de Taprobana (Ceilán), fué bien recibido por el rey de este país, que le mandó á Roma acompañado de una embajada cingalesa. El año 45 después de J. C., Hippalo, capitán de Alejandría de Egipto, descubrió el fenómeno de los monzones, y desde entonces estos vientos se llamaron *hippálicos*. Ya entonces, según Estrabón, iban de Egipto á la India 120 navíos; según Diodoro, llegaban á Malasia y á la Indo-China. Plinio se quejaba de que cantidades enormes (50 millones de sestercios) iban á parar todos los años á la India, que no aceptaba más que metálico en pago de sus productos (1). Se han encontrado numerosos depósitos de monedas romanas (*dinara*) en Ozena, Barigaza, Baithana y Tagana, en toda la costa occidental de la India, hasta en Ceilán y en la costa oriental. Trajano, vencedor de los partos, recibió una embajada india; concibió el proyecto de sojuzgar aquel país, según asegura Dion Casio, y para ello mandó construir una escuadra en el mar Rojo. Continuaron aquellas relaciones durante el imperio bizantino, y en tiempo de Justiniano importó un monje cristiano á Europa los primeros capullos de gusanos de seda. En el *Maha-Bharata* hay como un recuerdo de los emperadores romanos: vemos en él al héroe Krichna luchar contra «Kaseruman», el César de Roma, que es un Yavana. Este nombre de César se encuentra también en el título de *Kaisar-i-Hind*, emperador de la India, que ostenta el monarca inglés.

ASPECTO DE LA INDIA Á FINES DE NUESTRA ANTIGÜEDAD CLÁSICA.—En realidad, los ro-

(1) Las mercancías eran azúcar (*zarkará*), jengibre, cinabrio, azufre, sándalo, canela, clavo, alcanfor, almizcle, castoreo, pimienta negra, incienso, todas las piedras preciosas, estaño, aceros muy bien trabajados y telas de seda.

manos tuvieron muy escaso conocimiento de la India. La gran claridad que Alejandro proyectó sobre el país indio se fué extinguendo en tiempo de sus sucesores. Los europeos no sabían nada de lo que allí ocurría. La India tuvo un roce muy superficial con las civilizaciones griega y romana. Ha conservado sus misterios, la variedad de sus razas é idiomas, sus castas exclusivas, sus usos extraños, cuya revelación súbita asombraba de cuando en cuando á los occidentales. Prosiguieron las luchas entre arios y dravidianos ó negritos, entre castas altas y bajas, entre brahmanes y khatryas por el poder supremo (alternaron las dinastías khatryas con las brahmánicas), entre el culto indio y la fe búdica. El Indostán estaba dividido entre numerosos *rajás*, y á veces los dominaba á todos una especie de emperador. Su capital fué según las épocas, pero siempre dentro de un espacio muy reducido, Palibothra, Kanudj y más adelante Delhi. Si interrogamos los grandes poemas épicos, cuyo texto empezó á determinarse por el siglo VI de la era cristiana, encontramos en todas partes reyes semejantes á los dioses, sabios en los *Vedas* y sus apéndices, que habitaban en palacios empavesados con estandartes y llenos de músicas, vestidos de un poder absoluto, limitado sin embargo por la religión, el respeto á los brahmanes y cierta dulzura de costumbres. En las relaciones entre gente de casta elevada había una cortesía refinada, una etiqueta complicada, una observación exacta del libro de la «urbanidad», el saludo, que consistía en levantar las manos juntándolas como para formar una copa (*andjali*). Los pueblos, «ciudadanos y aldeanos», veneraban á sus reyes como á sus padres, como á dioses. En todas partes ejércitos poderosos, con impetuosos jinetes, arqueros hábiles, carros de guerra, elefantes y *sataghni* ó máquinas que podían matar á cien hombres á un tiempo.

II.—Primeras invasiones musulmanas

LOS ÁRABES.—Desde el tiempo del califa Omar aparecieron piratas por las costas occidentales de la India, hasta Tana, en el país de Bombay: Omar prohibió severamen-

te tales expediciones: el año 642 los árabes conquistaron el Kermán, luego el Seistán y después el Mekran (Sind). Las rebeliones de Persia atajaron aquel avance, que se reanudó mandando los califas ommeyadas. Los discípulos del Profeta no tardaron en intentar una empresa más seria. En 711 unos buques enviados por el rajá de Ceilán con presentes para Hadjadj, gobernador árabe de Bassora, fueron saqueados por los corsarios de Debal (Sind), y Dahir, rajá del Sind, se negó á devolverlos. Por el litoral del mar de Omán mandó Hadjadj contra él á 1.000 infantes y 300 jinetes, que fueron muertos ó cayeron prisioneros cerca de Debal. Entonces confió 6.000 jinetes y 6.000 meharistas á su pariente Mohammed-Kasim, de 17 años. La energía de este joven se sobrepuso á todos los obstáculos: llegó junto á los muros de Debal, y como la pérdida del estandarte sagrado desalentó á los indígenas, se apoderó de la ciudad (712). Obligó á los habitantes, hasta á los brahmanes, á escoger entre el Islamismo ó la muerte. Conquistó después otras ciudades del Sind, como Haiderabad, Siwan y Salem, y derrotó á un ejército de 50.000 indios, cuyo rajá pereció en el combate. Pero Alor, capital de éste (de la cual no quedan más que ruinas), fué defendida por su heroica viuda; cuando se vió imposibilitada de resistir más, subió á una hoguera con las mujeres y los niños, mientras los hombres hacían una salida furibunda, y perecían hasta el último (712). Kasim conquistó además el Multan y parte del Pendjab y se preparaba á marchar contra Kanudj, capital del *maharadja* ó rey de reyes. Pero dos hijas del rey Dahir, á quienes había cogido presas y enviado al harén del califa, le acusaron ante éste de haberlas violado. El califa, tomando tal ultraje como cosa suya, despachó emisarios que ajusticiaron á Kasim y llevaron á Bagdad su cadáver cosido en una piel de vaca. Cuando las princesas indias se apoderaron de aquel trofeo, manifestaron al califa que habían acusado á Kasim únicamente para vengar á su padre, y fueron emparedadas. Así lo relata el *Tarick-i-Hind*, que tiene todo el aspecto de una leyenda.

Después de morir Kasim conservaron los

califas sus conquistas durante tres siglos, y en 767 utilizaron tropas indias contra los bizantinos. Por lo demás, al terminar las incursiones musulmanas no se acabaron las relaciones comerciales con la India, que causó grandes preocupaciones á los árabes y ocupó mucho espacio en su literatura. Conociéronla éstos mejor que los griegos y los romanos: Mazudi habla de los ciclos indios y de Brahma el Grande. Enumera trece reinos principales: los del Sind, Kashmir, Kandahar, Multan (Pendjab Bajo), Mansura, Haideraba (Indo medio), Kanudj (que puede poner en pie de guerra cuatro ejércitos de 700.000 á 900.000 hombres cada uno), Rama (Bengala, que arma en guerra 50.000 elefantes), Mankir (Managara, la gran ciudad, acaso Udjein), Tapan (quizá los mahrattas), Guzarate, Firandj (Malabar), Kaman (Assam), Serendib (Ceilán) y Zabadj (Java), cuyo rajá es el rey de las islas. Mazudi habla de los cargos hereditarios en la corte de los grandes soberanos, menciona visires (ministros, gobernadores) y cadíes (jueces). Conoce las vías del comercio y sus objetos principales. ¿Cómo no tenían que estar bien enterados los árabes? Ya había á lo largo del Indo un principio de India musulmana, Estados vasallos del califa en que se practicaba el Islamismo, mercenarios árabes en las tropas de los *rajás*. Verdad es que, aunque tenían algunos datos exactos, también la imaginación árabe había creado no pocas leyendas fantásticas, como las contenidas en los viajes de Simbad el Marino. Además de los cambios comerciales, hubo transmisiones científicas, como los guarismos *indios* importados á Europa con el nombre de cifras *árabes*, el álgebra, los progresos de las matemáticas, de la astronomía y de la medicina. Respecto á la literatura podemos citar las fábulas de Bidpai, traducidas al árabe (siglo VII). La conquista de una parte de Persia por los árabes quizá diera en la India otro resultado: la emigración de cierto número de parsis, adoradores del fuego, que alimentaban con sus muertos á los buitres sagrados y que constituyeron la colonia *gubra* en el país de Bombay.

Revelábase al mismo tiempo en la costa de Malabar una India cristiana que preten-

día proceder de Santo Tomás, el incrédulo, apóstol de los partos, según Orígenes. Realmente era muy antigua y provenía, al parecer, de las iglesias cristianas de Siria. Permaneció aislada de Roma y fué cismática sin saberlo, de modo que el asombroso museo de razas, lenguas, religiones y usos extraños que constituía el Indostán se iba completando sin cesar con nuevos tipos.

De todos modos, desde el siglo VIII hasta el XI, durante unos 300 años, había de disfrutar tranquilidad la India, sin sufrir invasiones, como no fueran las irrupciones obscuras de partidas turcas ó afghanas, que formaron en sus confines Estados efímeros.

LOS TURCOS GHAZNEVIDAS.—En las fronteras occidentales confinaba la India con el Afghanistan. Componíase éste de lo que los antiguos llamaron Aria (Herat), Arakosia (Kandahar), Paropamisos (Cabul) y en rigor Gedrosia (Beluchistán). Los afghanos son de la misma familia que los indios arios, pero por sus montañas y su clima son una raza más robusta, más belicosa y más altanera. Los indios llaman *pathanos* á los afghanos. Por oposición con los turanos ó turcos de Transoxiana, los afghanos son iraníes; por oposición á los persas, iraníes del Oeste son iraníes del Este.

La dirección guerrera que los lanzó contra la India procedía de los turcos. Á fines del siglo X, un capitán de *reitres* turcos (que había sido esclavo al servicio del sultán samanida de Khorassan y Transoxiana) riñó con su señor y se instaló en Ghazna, en pleno país afghano, con una gavilla de 800 soldados, alistada en el Turquestán, Namlú y Pelú (952) y reforzada con bandidos indígenas. El sultán envió tropas para desalojarlos, pero el aventurero los derrotó y quedó por dueño del país. Usaba un verdadero nombre de guerra á la turca: Alp-Tekin, «Tekin el Grande». Le había comprado á un mercader de hombres del Turquestán un esclavo llamado Sevuk-Tekin, «Tekin el Amado», que resultó un vigoroso guerrero. Alp le casó con su hija y en 976 le legó sus Estados.

Sevuk terminó la conquista del Afghanistan con Kandahar y Kabul. Repetidas veces franqueó el paso de Khaiber y asoló el Pendjab. Exasperado por tales incursiones, el

maharadja Djai-Pal, rey de Lahore, reunió un ejército formidable. Los reitres de Sevuk estaban en la proporción de uno contra cinco. Parece que una gran tempestad impidió dar la batalla. Firmóse un tratado; Djai-Pal dió 50 elefantes y prometió pagar tributo, pero después violó el tratado, encarceló á los enviados de Sevuk, se alió con los rajás de Dehli, Adjimir, Kanudj y Kallender (Bundelkhand), y armó 100.000 jinetes y una muchedumbre de á pie. Los veteranos de Sevuk entraron por entre aquel inmenso rebaño como una manada de leones. Sevuk quedó por dueño de Peichaver y ribereño del Indo. Había ofrecido sus servicios al sultán samanida de Persia y combatió en su favor con los herejes (chiitas) del Irán. Había obtenido de él para su hijo la lugartenencia hereditaria del Khorassan, y para sí el título de príncipe Nasr-ed-Din (vencedor por la fe), que le concedía derechos de regalía (acuñación de moneda y ser nombrado en las oraciones). Murió en 997 y dejó su herencia á sus hijos Mahmud é Ismael.

MAHMUD EL GHAZNEVIDA.—Mahmud, hijo y nieto de esclavos guerreros, era, por lo tanto, más bien turco que afghano, aunque á veces se haya llamado *afghano* ó *pathano* al imperio que fundó. Toda su vida se ocupó en tres cosas: conservar el favor del poder, del cual procedía la legitimidad, el samanida de Transoxiana y el califa de Bagdad; fortificarse y engrandecerse en las Marcas turcas y el Afghanistan; proseguir la campaña emprendida por su padre contra la India. Las Marcas del Afghanistan le daban fuerza segura; la India riqueza y gloria; el samanida y el califa bendecían sus hazañas contra los idólatras y le recompensaban con títulos gloriosos y venerables.

En sus campañas contra la India demostró indudablemente ardor para el pillaje, sobrecitado por la fama de riquezas enormes que tenía la India, pero también manifestó un espíritu de aventura y curiosidad, avivado por la reputación fabulosa del país, y una pasión religiosa, el fanatismo musulmán, raro en los turcos, contra los idólatras. La guerra de la India fué para él, á un tiempo, un gran negocio, una maravillosa novela de aventuras y una guerra santa.

No la emprendió inmediatamente. Primero tuvo que arreglar asuntos de familia; su padre, según la costumbre turca, dejó la tierra á Ismael, hijo menor, y las tropas al mayor, Mahmud. Las tropas le dieron á éste la tierra. Ismael, sin fuerzas para defenderse, fué preso y encerrado para toda su vida en una fortaleza. Luego tuvo que enterarse Mahmud de lo que ocurría en las vastas regiones del Norte; en China se había fraccionado el año 907 el gran imperio de los *Thang*; los *Liang*, dinastía nacional, se había apoderado de la verdadera China, y otras dinastías le disputaban varias provincias; los turcos *leao* habían echado mano al Pet-chili; los turcos *oigur* eran dueños de las Marcas en Nánlú, Pelú y el Tibet, y querían serlo de la Transoxiana. Constituían el mayor peligro para Mahmud el Ghaznevida, pues podían caer sobre sus Estados hereditarios mientras se encontrase en la India. Quiso empezar por utilizar la diplomacia con ellos, y se casó con la hija de su khakhan, Ilik. A pesar de esto tuvo que volver de la India el año 1004, porque su suegro había invadido la Transoxiana y el Khorassan: le derrotó cerca de Balkh y le rechazó hasta las estepas del Norte. Esta campaña y la que dirigió de 1016 á 1017 en el Kharezm son casi las únicas que no dedicó á la guerra santa.

CAMPAÑAS DE MAHMUD EN LA INDIA.—Contra la India no emprendió menos de diez y seis campañas. En 1001 (siendo Otón III emperador de Alemania y Roberto rey de Francia) la invadió por primera vez, saliendo de Ghazna al frente de 10.000 jinetes: Djai-Pal, maharadja de Lahore, que se le opuso con un gran ejército y 300 elefantes, fué derrotado en Peichaver, perdió 5.000 hombres con todo su campamento y un inmenso botín, y cayó prisionero con quince de sus principales jefes. Mahmud le devolvió la libertad mediante un fuerte rescate y el pago del tributo anual. Pero el maharadja se consideró deshonrado é indigno de gobernar hombres. Cedió la corona á su hijo Anand-Pal, y subió á una hoguera, desde la cual voló su alma hacia los dioses.

La segunda y tercera expediciones ocurrieron en 1004 y en 1005, y dieron por resultado la conquista del Multán. En 1007 se

formó una coalición de numerosos rajás á las órdenes de Suk-Pal (1), nieto de Djai-Pal. El encuentro se verificó también cerca de Peichaver. Ya porque contaran los indios con enorme superioridad numérica, ya porque se hubieran aguerrido con tan continuas luchas, resistieron tan bien, que los musulmanes cejaron cuando habían perdido ya 5.000 hombres. Cierta parecía su derrota, cuando el elefante que llevaba á Suk-Pal se asustó de pronto y volvió grupas al enemigo. Creyeron los indios que huía el maharadja, y como siempre ocurría en la India en tales casos, aquel ejército inmenso se dispersó lleno de pánico. Durante dos días y dos noches fueron perseguidos los indios por la caballería musulmana. Éstos recogieron enorme botín (1008). Al año siguiente fué tomada la fortaleza de Bhim-Nagar ó Nagarkot, donde estaban hacinados los tesoros del príncipe. El regreso de Mahmud á Ghazna fué triunfal, y deslumbradora la ostentación de las riquezas conquistadas. Abundaron las distribuciones de limosnas á los pobres, á los monjes musulmanes y á los jeques.

Otras expediciones llevaron á Mahmud hasta los confines de Guzarate y Kashmir, en el centro del Radjputana. Durante la campaña de 1013-1014 invadió el país de Kashmir. Durante la de 1018-1019, dando vuelta por el Norte al reino de Lahore, penetró en la región sagrada del Ganges y el Djamna. Llegó de improviso delante de Kanudj, cuyo rajá, aterrado, se dirigió al campamento de Mahmud con toda su familia, pidió cuartel, se reconoció tributario, y según algunos autores, abrazó el Islamismo.

Desde Kanudj se dirigió Mahmud á Mirat (Meerut), capital del Doab: el príncipe huyó y capituló la guarnición. La ciudad fué saqueada y sometida después á un tributo anual de 50 elefantes y á una contribución de guerra de 250.000 rupias (una rupia equivale á diez reales). Luego fué contra la fortaleza de Mahawan, cuyo gobernador, Kalchandar, derrotado en campo raso, degolló

(1) Los relatos árabes de todas estas campañas presentan grandes variantes entre sí y contradicciones inexplicables. Los nombres de las localidades y hasta los de las personas son á veces de imposible identificación. (Véase *The History of India as told by its own historians*, de Elliot, edic. Dodson, t. II, págs. 434 y siguientes.)

á su mujer y á sus hijos y después se suicidó. En la ciudad santa de Mathura se encontraron cinco ídolos grandes, de oro puro, cuyos ojos, de rubies, valían 50.000 dinares; otro que estaba adornado con un prodigioso zafiro, y otros ciento de plata maciza. El celo musulmán de Mahmud era muy lucrativo. Al principio quería destruir los templos, pero renunció á ello, ya por ser trabajo que exigía gran paciencia, ya porque le admirara la belleza fantástica de su arquitectura. Volvió á su capital con barras de oro y plata, 350 elefantes y 53.000 prisioneros.

En 1023, muerto su vasallo el rajá de Kanudj por el rajá de Kallendjer, volvió al país del Djamna y asoló el Bundelkhand. En 1024 se sublevó la India y sufrió una represión terrible. Fué devastado el Kashmir y saqueada la ciudad de Lahore. Fracasó Mahmud en los sitios de Gwalior y Kallendjer y tuvo que conformarse con las ofertas de sumisión, los elefantes y los presentes enviados por ambos rajás. En 1025-1026 hizo una expedición á Guzarate, acaso el país más idólatra de la India. Había allí un templo de maravillosa riqueza, el de Somnath, servido por 2.000 brahmanes, 500 bailarinas, 300 músicos y 300 barberos. Para defender aquel templo, que al mismo tiempo era el banco de toda la comarca y conservaba un depósito de 250 millones, hicieron los indios esfuerzos desesperados. Los musulmanes cejaron un momento durante la batalla, dada en los mismos peldaños del santuario. Mahmud, apeándose ligeramente de su caballo, dirigió una ferviente plegaria á Alah para que le ayudara contra los infieles ó le concediera siquiera un glorioso «martirio». En una carga suprema los idólatras fueron dispersados y conquistado el templo. Halláronse en él millares de ídolos. En el centro había una estatua gigantesca cuya cabeza tocaba la bóveda y cuya parte inferior se hundía en el pavimento. Mahmud, en un acceso furioso de indignación, le rompió la nariz de un mazazo. Los sacerdotes le ofrecieron enormes cantidades por rescatar el dios, pero no conocían sus sentimientos de piedad musulmana. La mandó destruir, y Alah recompensó su ardiente fe,

pues el vientre del ídolo estaba repleto de piedras preciosas. El celo de Mahmud y su soldadesca se demostró también en otra forma, pues, al parecer, se hizo una matanza de 50.000 idólatras. Después conquistó el fuerte de Gonda y el de Nahlvala ó Anhalwara, capital de Guzarate. Como nuevo Alejandro, resolvió hacer de este puerto el punto de partida de expediciones marítimas que llevaran la verdadera fe á las costas del Indostán, de Ceilán y de Indo-China, y mandó construir una escuadra. Pensaba llevar á aquel puerto la capital de su imperio, dejando en Ghazna á su hijo Messaud. Abandonó este proyecto y nombró rey tributario de Guzarate á un brahmán. En 1027 creó una escuadrilla en el Chinab, guerreó contra los Djats del Multan y los domó por medio del exterminio y los robos de cautivos.

EL IMPERIO GHAZNEVIDA; CIVILIZACIÓN TURCO-IRANIA.—Cuando murió en Ghazna (1030), su imperio se extendía del Oxo al Ganges y por todo el Indo medio y alto. El eco de sus hazañas había llegado á todo el Oriente turco é iranio. Después de cada campaña cuidaba de mandar al califa de Bagdad la noticia de sus victorias contra los infieles, en versos árabes y persas, y el pontífice, que le había otorgado el título de sultán (1019), mandaba decir en la gran mezquita el panegírico del héroe musulmán. Por otra parte, Mahmud no sólo hacía la guerra como conquistador y saqueador, sino como misionero de la fe y como artista. Su primera diligencia, en 1021, había sido enviar tropas al camino de la Meca, donde cuadrillas de salteadores detenían y desvalijaban á los peregrinos. La Meca recibió á las caravanas de creyentes establecidos en la India ó de los indios convertidos á la verdadera fe. Mahmud saqueaba las metrópolis del paganismo para enriquecer y embellecer las del Islamismo, sobre todo su querida Ghazna. Con el oro procedente de la fundición de los ídolos fundó una universidad con rica biblioteca y mezquitas suntuosas flanqueadas de escuelas y hospicios. Á la más hermosa de estas mezquitas se la consideró casada con Dios y se la llamó la «Novia Celestial». Á Ghazna fueron transportadas las puertas del templo de Somnath

y de allí creyó volverlas á llevar á la India el virrey británico Ellenborough en 1842.

Mahmud era indudablemente un bandolero y un fanático, pero era además un verdadero caballero del Islamismo, un cruzado musulmán antes de nuestras cruzadas cristianas, un héroe de aventuras, un Alejandro turco-afghano, destructor y fundador de ciudades. En el siglo XI fué el personaje más importante del Islamismo ortodoxo, bastante más que el samanida y el califa. El reinado de este turco señala una especie de renacimiento del Irán, pues, por muy buen musulmán que fuera, desterró el árabe como lengua administrativa, en provecho del persa. Fué el protector de los poetas del Irán, y pensionó á Firdusi, autor ó último redactor del *Shah-Nameh* ó «Libro de los reyes», epopeya de Persia. También á Mahmud puede considerársele escritor iraní, pues tradujo al persa *El arte de gobernar*, de un brahmán.

DESTINOS ULTERIORES DEL IMPERIO GHAZNEVIDA.—Mahmud había dejado el imperio á su hijo predilecto Mohammed, dando dominios en Irak y Tabaristán á su otro hijo, llamado Messaud. A éste le pareció tan mal el arreglo como le había parecido á Mahmud el que hizo su padre. Su hermano fué vencido y cegado. El nuevo sultán ghaznevida trató de avanzar más en sus incursiones en el Indostán, pero ya otra partida de aventureros turcos seldjukidas salvaba el Oxo, se esparcía por el Khorasán y amenazaba al Afghanistan. Contra estos bárbaros del Norte no fueron los más fuertes sus hermanos iranizados é indianizados del imperio ghaznevida á pesar de los elefantes traídos de la India. Mientras Messaud corría al Norte para librar á Balkh, otro partido enemigo sorprendía á Ghazna, enriquecida con los despojos del país idólatra, y la saqueaba. Messaud luchó valientemente, recuperó á Ghazna y derrotó á los seldjukidas en más de un encuentro. Sufrió por fin la sangrienta derrota de Dindaka. Los despojos de la India, amontonados en su capital, no atraían sólo á los bandidos de las Marcas, sino que también exasperaban la codicia de sus soldados y habían de causar la ruina del imperio. Cuando Messaud, muy apretado por los seldjuki-

das, evacuó á Ghazna para buscar refuerzos en el Indostán, los furgones que encerraban sus tesoros fueron saqueados por los esclavos de su casa; los soldados les ayudaron, y como el sultán se resistía, llamaron al trono á Mohammed el ciego. Abandonado por todos, fué asesinado en 1041 el valiente Messaud por su sobrino Ahmed, y vengado por su hijo Modud, gobernador de Balkh, que exterminó á la familia del ciego y construyó la «Ciudad de la Victoria», Fatti-Abad, en el desierto de Deimir, donde había derrotado á las tropas rebeldes. Pero por muy enérgico que fuera Modud no podía hacer frente á un tiempo á las revueltas de sus vasallos indios y á las invasiones continuas de los seldjukidas. En una de sus campañas contra una especie de cólera, del cual murió en Ghazna (1049). Desde entonces la historia de los ghaznevidas, tejido de guerras desdichadas, de discordias familiares, fratricidios y regicidios, deja de ser interesante. Estaba reservado á otra familia reconstituir momentáneamente el imperio desmembrado.

MOHAMMED EL GHURIDA.—Una de las expediciones de Mahmud el Ghaznevida tuvo por objeto castigar á los afghanos de Ghur, distrito montañoso situado al Norte de Ghazna (1012). Ciento cincuenta años después (1152), uno de estos ghuridas, llamado Allahud-Din, para vengar la cruel ejecución de sus dos hermanos por Behram, entonces sultán de Ghazna, salió contra esta ciudad, la tomó por asalto y la saqueó durante siete días. No se perdonó ni uno de los monumentos elevados en la población por la magnificencia de Mahmud el Ghaznevida: todo fué quemado y arrasado. Los principales habitantes fueron sacados de allí encadenados, llevando al cuello un saco de tierra. Con aquella tierra, mezclada con la sangre de sus portadores degollados, Allah-ud-Did mandó amasar el mortero con que construyó los muros de Firuz-Koh, nueva capital del país ghurida. Los ghaznevidas, refugiados en Lahore, no estuvieron mucho tiempo en paz. Tres veces los sitiaron los ghuridas y á la tercera (1186) tomaron la ciudad y degollaron á los últimos ghaznevidas.

El vencedor de Lahore se llamaba Mohammed, y era príncipe ghurida, pero no jefe de

la familia. Llegó á serlo por sus hazañas, por su ardor guerrero, su maña para alistar á los bandidos y guerrilleros del Afghanistan. Dejando un virrey en Lahore, volvió á instalarse en Ghazna, de la cual hizo una especie de capital, y reanudó contra la India los ambiciosos designios de Mahmud el Ghaznevida. En 1191 pasó el Indo y libró batalla á orillas del Sursutty á los príncipes de Adjimir y Dehli. Fué derrotado y expulsado. Al año siguiente reapareció con 100.000 jinetes afghanos, turcos y persas, y presentó batalla á los indios, tres veces más numerosos. El rajá de Dehli fué muerto en la acción, y el de Adjimir después de la batalla, pereciendo otros muchos príncipes indios. Fueron tomadas muchas fortalezas, como Sursutty, Samana y Koram, Adjimir entrada á sangre y fuego, Dehli obligada á pagar rescate. En 1193, Kattib, esclavo de Mohammed el Ghurida, dejado por éste de lugarteniente en Koram, sorprendió á Dehli é instaló en

esta ciudad regia la residencia de su cargo. En 1194 pasó el Djamna y tomó por asalto á Kalé. Su amo se le agregó con numerosas tropas, y ambos libraron batalla al maharadja de Kanudj y al rajá de Benares y tomaron ambas ciudades. Nunca había avanzado tanto la conquista turca ó afghana en el valle del Ganges. Resultó atajada por las diversiones militares que suscitaron á Mohammed los turcos de Transoxiana y los rebeldes del Afghanistan. Mohammed fué asesinado en una campaña contra los primeros, en Debeik, junto al Nilab (1206). No se le puede negar que reconstituyó el segundo imperio musulmán de la India, que en su tiempo fué verdaderamente afgano ó pathano.

DESTINOS ULTERIORES DEL IMPERIO AFGHANO-GHURIDA.—El verdadero heredero de Mohammed en la India fué su ex esclavo

Kattib. Aunque tuvo que renunciar á Ghasna y al Afghanistan, conservó á Lahore y Dehli y la soberanía sobre los príncipes del Indo y el Ganges, y sometió á Guzarate y Adjimir. Después Altumsh, hijo adoptivo y yerno de Kattib, eligió á Dehli como capital, conquistó á Behar, á Bengala, Malva, etc., y en 1233 saqueó á Udjein, de donde se llevó la estatua de oro de Vikramaditya, el santo rey legendario, que fué rota delante de la gran mezquita de Dehli. Más adelante, en los siglos XIII y XIV, hubo conquistas del Dekkan, pero muy someras, como todas las llevadas á cabo por soberanos musulmanes.

La historia de los emperadores afghanos de la India, desde la muerte de Altumsh, es poco interesante en general. Sin embargo, el emperador de la India tenía mucha fama en todo el mundo. Su corte era magnífica, con numeroso harén, muchedumbre de eunucos y otros servidores, imponente cuarto militar, escuadrones de elefantes con defensas do-



Escultura india

radas, trompas pintadas de rojo, arneses adornados con diamantes y perlas y papeles (*hudash*) de oro y seda. Dehli era el refugio hospitalario y espléndido de reyes y príncipes procedentes de todos los puntos del horizonte, casi todos expulsados por las invasiones de los mongoles: soberanos del Khorasán, del Tibet, del Irak, del Azerbaidján, de Persia, del Asia Menor y de Siria. Al mismo tiempo se propagaba y consolidaba el Islamismo por las regiones del Indo y del Ganges. La obra empezada por la fuerza del acero la completaron la propaganda de los jeques, el ejemplo de los príncipes, la movilidad de los espíritus, el ansia de elegancia. Si hay actualmente en el Indostán 50 millones de musulmanes, se debe en gran parte á los dos primeros imperios islámicos, el turco-ghaznevida y el afgano-ghurida,